

CIENCIAS SOCIALES LAS HUMANIDADES

Guadalupe
Valencia García
coordinadora

COLECCIÓN
DEBATE Y
REFLEXIÓN

El tiempo en las ciencias sociales y las humanidades

**Guadalupe Valencia García
(coordinadora)**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS EN CIENCIAS Y HUMANIDADES

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

MÉXICO, 2009

HM656

T54

El Tiempo en las ciencias sociales y las humanidades / Guadalupe Valencia García, coordinadora. -- México : UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2009.
368 p. -- (Colección Debate y Reflexión)

ISBN: 978-970-32-5236-7

1. Tiempo -- Aspectos sociales. 2. Tiempo -- Filosofía. 3. Tiempo -- Historia. I. Valencia García, Guadalupe, ed. II. Serie.

Primera edición, 2009

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades
Torre II de Humanidades 4º piso,
Circuito Interior, Ciudad Universitaria,
Delegación Coyoacán, C. P. 04510, México, D. F.
www.ceiich.unam.mx

Edición: Josefina Jiménez Cortés
Diseño de portada: Angeles Alegre Schettino

Impreso y hecho en México

ÍNDICE



Presentación <i>Guadalupe Valencia García e Ingrid Moreno García</i>	9
--	---

PARTE I

El tiempo en filosofía <i>Mario Toboso Martín</i>	15
---	----

El tiempo en antropología <i>Rafael Pérez-Taylor</i>	35
--	----

El tiempo en la historia I: los tiempos de la historia <i>Ariel Arnal</i>	51
---	----

El tiempo en la historia II: emergencia y constelación. Mijaíl Bajtín y Walter Benjamin en la Selva Lacandona <i>Sergio Tischler</i>	67
--	----

El tiempo en la sociología I: del círculo virtuoso a la paradoja <i>Ramón Ramos Torre</i>	99
---	----

El tiempo en la sociología II: la otra cara del tiempo de la sociología del tiempo. La construcción social de la memoria <i>Rafael Farfán H.</i>	121
--	-----

Tiempo y transdisciplina: una aproximación desde la sociología <i>Guadalupe Valencia García</i>	151
El tiempo en la ciencia política: los espacios-tiempo políticos <i>Luis Tapia</i>	175
El tiempo y la economía: notas sobre los tiempos del trabajo y del progreso <i>Elvira Concheiro Bórquez</i>	191

PARTE II

El tiempo social y el género: el rescate de la memoria en la fotografía de Rosangela Rennó <i>Elsie Mc Phail Fanger</i>	235
El tiempo en el derecho: tiempo, verdad y crónica criminal <i>Martín Ángel Rosales Salazar</i>	271
Las temporalidades de lo educativo <i>Miguel Ángel Murillo Gudiño</i>	289
El tiempo en la literatura I: el tiempo y el amor <i>Vicente Quirarte</i>	321
El tiempo en la literatura II: la crónica literaria en la agonía del siglo XX <i>Miguel Ángel Castro</i>	329
El tiempo y la arquitectura <i>Guillermo Boils</i>	341

EL TIEMPO Y LA ARQUITECTURA



*Guillermo Boils**

*“...el espacio es el orden de las existencias simultáneas;
el tiempo es el orden de las existencias sucesivas...”*

G. W. Leibniz

Introducción

Hacia 1983 recuerdo haber preguntado al ahora fallecido arquitecto Enrique Yáñez, autor, entre muchos otros proyectos, de hospitales como La Raza o el Centro Médico Siglo XXI, su opinión sobre un edificio entonces recién terminado. Lo que me contestó fue más o menos lo siguiente: “Imagínate cómo se verá dentro de 50 años. Es más, continuó, “imagina Sí acaso todavía estará allí. ¿Cuánto y cómo habrá cambiado para entonces?” En esas breves frases de su respuesta encuentro una primera aproximación al asunto del que me ocupo en estas páginas. Y es que el tiempo, en su transcurrir, va dejando pasar múltiples eventos que inciden sobre los objetos arquitectónicos, mismos que los modifican, los desgastan, los aniquilan; pero también a veces los reivindican, los mejoran y hasta, ¿por qué no?, los hacen crecer. En realidad el paso del tiempo configura una de las pruebas más decisivas a la que se enfrentan los edificios y todo el ámbito del diseño y la producción arquitectónicos. No importa si un edificio en su momento fue un objeto aclamado por críticos, profesionales del diseño, usuarios y público en general. Habrá que ver cómo se comporta al paso de los años, para poder tener una valoración más trascendente sobre éste. En último término, cabe plantearse sobre el desempeño y validez de cualquier objeto arquitectónico, ¿qué tanto sobrevive al devenir de los años o las décadas? Y ahí no me

* IIS, Facultad de Arquitectura, UNAM.

cabe la menor duda de que ese "juicio" casi siempre será implacable e inapelable.

En concordancia con lo anterior, la dimensión temporal se extiende a través de un buen número de aspectos sobre el pensamiento, la prefiguración y la materialización arquitectónicas, que irán siendo visitados a lo largo de este texto. En él me propuse atender a aquellos que estimo son los más decisivos de la articulación entre tiempo y espacio, insertos en esa actividad social que es de las más antiguas: la producción y el diseño de los objetos habitables. Prescindo casi por completo de las citas que tienden las más de las veces a tornar cualquier escrito engorroso y muy *academicista*. Pero puede estar seguro el lector de estas líneas, que detrás de ellas está un cierto número de autores y sus invaluable ideas. Nada más que la ordenación de las mismas y la articulación que aquí hago de ellas, son responsabilidad exclusivamente mías; como son también la mayoría de las reflexiones y comentarios que aquí presento. De esa suerte, me hago cargo plenamente de las obsesiones y las eventuales formulaciones obvias, al igual que de las contradicciones que pudieran contener estas páginas.

El devenir y el deterioro de los espacios arquitectónicos

Cabe iniciar esta reflexión partiendo de la premisa de que, rigurosamente hablando, no es que el tiempo *deje su huella* en los objetos arquitectónicos, como suele afirmar el lugar común. Antes bien, vale decir que es a través de él, donde ocurren diversas experiencias que marcan dicha huella y que, a final de cuentas, terminan por liquidar o reivindicar, en lo material y en lo cultural, a todo producto arquitectónico. Por tanto, no es atribuible tampoco al tiempo mismo el desgaste, la degradación y el hecho de que, a final de cuentas, acaben desapareciendo los edificios. En realidad los agentes que intervienen, produciendo diversos efectos sobre la arquitectura, así como en cualquier otra manifestación de las ideas y la producción arquitectónicas, valga la obvia reflexión, tienen lugar en el tiempo. En consecuencia, es sólo a través de éste que intervienen diversos factores que afectan a la arquitectura materializada, los mismos que serán expuestos en este apartado.

Tiempo, uso y deterioro arquitectónico

Entre los primeros causantes del desgaste y extinción de los objetos arquitectónicos está desde luego el propio uso que se hace de ellos, comenzando por la ocupación cotidiana. Ésta va afectando los materiales, sobre todo aquellos que resienten de manera más directa el contacto físico con los usuarios y los objetos que se introducen al inmueble en cuestión. Hay, asimismo, un desgaste mecánico de los componentes articulados que lo integran y que van desde las bisagras de una puerta o el mecanismo de una cerradura, por ejemplo, hasta las bombas de vacío o los motores de un ascensor. De la misma forma en que los pisos se desgastan, más aun si son de madera o alfombrados, también se deterioran paredes y plafones en el interior, así como los muros exteriores que entran en contacto directo con los usuarios. En todo caso, cualquier objeto se va gastando físicamente con su mero aprovechamiento cotidiano, aun si somos muy cuidadosos al manejarlo. En suma, toda edificación, dado su carácter complejo y generalmente de uso colectivo, está expuesta a sufrir del deterioro cotidiano, por lo que resulta imprescindible darle mantenimiento de manera permanente, sin que dicho empeño por mantenerla al día, sea garantía de que habrá de durar en el gusto colectivo.

En el párrafo anterior me referí, en líneas generales, al uso que día a día hacemos de los espacios habitables de cualquier género. Pero donde la acción humana suele ser más degradante para el espacio físico edificado, es ahí cuando aquella asume la forma de abuso sobre éste. Asociada a dicho mal uso o uso excesivo está la propia desatención o descuido de los inmuebles. Más perjudicial que dejarles de dar mantenimiento resulta el hecho derivado de no atender, cuando se hace necesario, las fallas constructivas y estructurales de diversa índole que aparezcan en cualquier edificio. Es entonces que su degradación se potencia y las más de las veces ello deviene en que se precipite su decadencia, como expongo con mayor detalle algunos párrafos adelante.

El simple exceso en el número de usuarios de un espacio que fue proyectado para una determinada cantidad menor de personas, pero que por diversas razones aumenta la cifra de quienes lo ocupan, termina por precipitar su deterioro físico; por ejemplo, una casa que se diseñó para una familia de cinco miembros, pero que la necesidad obliga a que en ella se alberguen parientes u otras personas que no tienen donde vivir. Esto genera la intensificación en el uso del inmueble en cuestión,

incrementándose la densidad, en términos de la relación entre quienes la habitan y el espacio disponible en número de metros cuadrados. Pero sobre todo, conducirá a un aumento en las condiciones de hacinamiento, mientras que la vivienda sufrirá de mayor desgaste. De manera similar, esto también ocurre en otros géneros arquitectónicos de uso público como hospitales, escuelas u oficinas, los que en ocasiones triplican o hasta quintuplican, en condiciones extremas, el número de usuarios para los que se los proyectara.

Con frecuencia está también entre los usuarios la actitud de desapego frente al espacio físico, la que puede conducir a resultados amenazantes para la pervivencia misma de cualquier inmueble. Es aquí donde cobra dimensión la *negligencia* de la que hablara Alberti hace más de cinco siglos y medio con mucha preocupación (Alberti, 1986: 13). En efecto, esta desatención puede desembocar en consecuencias ciertamente devastadoras, asumiendo incluso manifestaciones de verdadero vandalismo por parte de los propios usuarios de las edificaciones. Por ejemplo, los habitantes de muchos grandes conjuntos habitacionales en todo el mundo, con frecuencia acometen acciones que sólo propician la destrucción de sus propios edificios y equipamientos, sin que, aparentemente, exista motivo alguno. Es el caso de los *grafitis* o el cortar los árboles en las áreas verdes del conjunto; la situación llega al extremo de hacer necesidades fisiológicas en las escaleras y pasillos de la propia unidad habitacional (Boils, 1994: 76). En la mayoría de estos casos, los habitantes de esos conjuntos llegan a agredir los espacios en virtud de que no se identifican con los mismos. La edificación estandarizada de grandes conjuntos con miles de viviendas todas iguales, deviene casi siempre en una pérdida de interés hacia el espacio donde las propias personas habitan. Ello conduce a algunos, con no tan aislada frecuencia, a arremeter contra sus propios espacios físicos, como ocurrió en el otoño francés de 2005 en las llamadas *banlieues* (periferias) de muchas ciudades (Boils, 2005).

Desgaste arquitectónico de origen natural

A través de los años también van actuando una diversidad de agentes naturales, que propician múltiples efectos de erosión y eventual destrucción en los edificios. Aquí sólo cabe apuntar algunos de ellos, comenzando por los que van consumiendo de manera cotidiana a los espacios. Está

desde luego la radiación solar, que ejerce su permanente degradación sobre todo en los materiales que están a la intemperie, deteriorándolos de muchas maneras. A su vez, los cambios de temperatura, elevándose y bajando, ocasionan un imperceptible, pero permanente desgaste de los recubrimientos y componentes en general de los inmuebles. La lluvia (no torrencial), el viento y la humedad —o la resequead— atmosféricas, también se encargan de ir gastando físicamente las edificaciones, con su constante y paulatina acción. La humedad atmosférica, por su parte, actúa sobre los aplanados internos y externos, así como las herrerías y carpinterías, desgastándolos por corrosión o auspiciando hongos, al igual que la acción de otros agentes biológicos. Al final de cuentas, hasta la misma piedra no resulta ser eterna como sentencia el lugar común y termina por desgastarse. En ese sentido, la humedad y condensación interiores degradan herrajes y yeserías, así como maderas, pinturas y barnices; al igual, se ven afectadas duelas lambrines, cancelos y zoclos. Por último, dentro de los agentes naturales de deterioro en los espacios edificados se halla el que éstos resultan atacados por fauna nociva, que en condiciones extremas puede afectar seriamente su funcionamiento y hasta amenazar su estabilidad de múltiples maneras.

En otro plano, el de la solidez y estabilidad en el sistema de soportes materiales, al paso de los años se pueden producir asentamientos, así como también ocurre la fatiga de estructuras. En particular, cuando el hundimiento es diferencial, el daño a la edificación puede ser de consecuencias mayores y, eventualmente, hasta puede propiciar que ésta se colapse. Ciertamente este último desgaste de las estructuras puede ser resultado de una inadecuada cimentación, o de insuficiencias y fallas en la ejecución del sistema estructural. Pero toda estructura, por muy bien que se la haya calculado y materializado, tiende a sufrir desgaste al correr de los años. Los materiales “trabajan”, acomodándose y desgastándose, haciendo que el edificio pierda solidez y resistencia. En especial, el aumento en las cargas muertas de una construcción por ampliaciones o aumento de niveles, o bien por sobrecargarlo en mobiliario y usuarios, se convierte en uno de los factores que más la amenazan estructuralmente.

Lo cierto es que aunque se les brinde mantenimiento con regularidad, tarde o temprano los inmuebles terminan por mostrar síntomas de envejecimiento. Les salen “arrugas” en sus recubrimientos, se les cae la pintura y sus herrajes se corroen, mientras que sus maderas se rajan o apollan, entre los padecimientos más comunes. Ciertamente que los

que fueron bien diseñados y adecuadamente contruidos resisten más, pudiendo llegar a tener una vida útil de siglos. El panteón de Agripa en la ciudad de Roma ha prestado servicio por casi dos milenios, desde que se lo concluyera en el siglo primero de la era cristiana, y se sigue conservando en inmejorable estado físico, siendo visitado por cientos de miles de personas cada año. Pero también es cierto que ha recibido a lo largo de su prolongada existencia múltiples y variadas intervenciones merced a las cuales ha podido preservarse en tan aceptables condiciones materiales.

Finalmente, apuntamos aquí las afectaciones provocadas por una diversidad de desastres naturales, que dañan a los espacios contruidos de manera parcial o total. Entre los más importantes siniestros que impactan a las edificaciones están: sismos, tormentas, rayos, torrentes que se desbordan de sus cauces, ciclones, tornados, asentamientos y acomodos del suelo. Este conjunto de meteoros, no siempre deriva en la destrucción completa de los edificios; pero aunque cualquiera de ellos no los aniquile, bien puede afectarlos de manera seria, a pesar de que a veces ello no sea muy perceptible. De suerte que, si después de ocurrido algún siniestro natural no se hacen las evaluaciones correspondientes por expertos, éstos bien podrían quedar convertidos en trampas mortales (Lathrop, 1981: 745).

Conflictos y cambios sociales en los procesos arquitectónicos

Las conflagraciones armadas entre pueblos o naciones, así como los conflictos sociales que han ocurrido en el transcurso de la historia humana han tenido infinidad de impactos destructivos sobre el espacio producido. Con frecuencia, sobre todo en las guerras posteriores al siglo XIX, sus efectos han sido devastadores para los edificios y espacios contruidos en general. Más aún, con el desarrollo de armamentos con mayor capacidad de exterminio, ciudades completas han quedado arrasadas. Además de las conflagraciones bélicas, las rebeliones populares y las grandes insurrecciones sociales, desplegadas por amplios sectores participantes, también pueden afectar a un sinnúmero de inmuebles. Pero ni remotamente alcanzarán niveles de destrucción equiparables a los ocasionados por las guerras e invasiones militares.

En contraposición a sus efectos demolidores, las guerras civiles, las insurrecciones sociales y las conflagraciones bélicas también traen

consigo impulsos renovadores. Sin desatender al horror y la tragedia humanas, así como a las brutales consecuencias destructivas de todo conflicto, suele ocurrir que al restablecerse la calma lleguen a abrirse muchas veces espacios de renovación material. En especial, cabe referirse brevemente a la reconstrucción de Europa después de la segunda guerra mundial, cuando ciudades completas fueron reedificadas, sobre conceptos más acordes con las necesidades y las posibilidades tecnológicas del siglo XX. Fue entonces cuando la modernidad urbano-arquitectónica encontró en múltiples localidades y regiones europeas un campo por demás propicio para desplegarse vigorosa. De esa suerte, se brindó a infinidad de familias nuevas posibilidades de habitar en viviendas que en muchos casos eran de una calidad superior e incluso más espaciales, que las que disponían antes. Del mismo modo en que los sistemas de abastecimiento, al igual que los equipamientos urbanos fueron restituidos sobre bases más funcionales y con los recursos técnicos más avanzados para esa época.

No pretendo, en manera alguna, hacer aquí cuentas alegres de la devastación material que dejó aquel conflicto bélico; pero es innegable que la posguerra permitió renovar buena parte del parque habitacional envejecido. Del mismo modo en que se amplió, actualizó e incluso se dotó de servicios a un buen número de poblaciones que antes de la guerra carecían de ellos. Reitero que estas formulaciones no pretenden negar la brutalidad inhumana de aquella conflagración. Empero, habida cuenta de que ésta ya había dejado su estela de destrucción material, una vez restablecida la paz, la reconstrucción trajo consigo algunos avances importantes en términos de habitabilidad y regeneración urbana, para infinidad de localidades en muchas naciones. Además de que los experimentos e innovaciones implantadas en el proceso de reconstrucción durante la posguerra, también fueron aprovechados a escala mundial, incluyendo regiones que no se habían visto directamente afectadas por el conflicto bélico. En especial, están los nuevos materiales o las mejoras que se desarrollan sobre los existentes. De igual modo, las estructuras e instalaciones, así como los sistemas constructivos, suelen experimentar sustanciales avances que se traducen en mayor facilidad de construcción, así ahorro en costo y tiempo en la ejecución de las obras.

En un sentido similar, las rebeliones populares y los conflictos revolucionarios, tienden a generar impulsos renovadores en el pensamiento y la práctica arquitectónicos. Despejan el camino a nuevas ideas, generalmente a aquellas que impulsan mejores propuestas de diseño,

con soluciones encaminadas a la búsqueda de espacios que ofrezcan mayor funcionalidad. El impulso profundo de justicia social que mueve a muchas rebeliones sociales suele también prohijar esquemas de políticas habitacionales. Asimismo, los nuevos regímenes se orientan a impulsar el despliegue de programas para la construcción de hospitales, escuelas y muchos otros géneros arquitectónicos de beneficio colectivo. La experiencia mexicana posterior a la revolución iniciada en 1910, es por demás ilustrativa de ello.

Empero, los cambios en el desarrollo de la innovación arquitectónica que traen consigo muchas de las experiencias revolucionarias no siempre ocurren de inmediato. Bien vistas las cosas, la revolución francesa de 1789 no barrió con las formas de la arquitectura que habían prohijado las elites políticas y culturales del antiguo régimen aristocrático. Más aún, los gobiernos revolucionarios desplegaron muchas obras que siguieron durante varias décadas la senda de las tendencias arquitectónicas que había favorecido la clase dominante desplazada por la revolución. En un sentido semejante, la arquitectura del porfiriato en México tampoco murió con el antiguo régimen, derrotado por la revolución mexicana. Continuó vigente, cuando menos por tres o cuatro lustros más, durante los cuales se erigió un considerable número de edificios “porfirianos” que se siguieron proyectando y construyendo hasta mediados de 1930.

Del mismo modo en que la modernidad arquitectónica, que empezó a pisar fuerte en México en la segunda mitad de la década de los años veinte del siglo pasado, tampoco surgió sin tener algunos antecedentes técnicos y de índole espacial en las últimas décadas de la dictadura de Díaz e incluso de algunos años previos a ella. Así, en 1865 se realiza la cubierta del teatro Llave en Orizaba, Veracruz, con láminas de hierro, soportadas por una armadura de viguetas del mismo material. Y las primeras estructuras de concreto armado se realizaron a fines del siglo XIX. Si bien la furia de los oprimidos, cuando finalmente se sale de cauce y rompe el orden establecido impuesto por sus opresores, suele arremeter hasta contra los edificios de éstos destruyéndolos. Al serenarse las aguas de la rebeldía, los patrones arquitectónicos que dominaban la escena se reinstalan, manteniéndose a veces por muchas décadas más.

De otra parte, la movilidad social ascendente tiende a acrecentar la demanda de espacios de toda índole, generando asimismo cambios en la configuración de edificios y ciudades. En especial, a medida que

se va ampliando la capacidad adquisitiva de los sectores sociales subalternos y de las capas intermedias, tiende a incrementarse la producción de espacios habitacionales y de servicios. Pero también, como producto de ese ascenso socioeconómico se procede a modificar, ampliar o demoler buena parte de los ya existentes. Las épocas de mayor auge en el desarrollo de una sociedad suelen ser las de mayores cambios en los espacios urbanos y arquitectónicos. Por desgracia, tales cambios no siempre representan mejoría en la calidad de la edificación que se diseña y construye. Del mismo modo en que tampoco, en buena parte de los edificios modificados, se logran mejoras. Mientras que a veces se derriban espacios antiguos que eran de buena factura y diseño, para ser sustituidos por otros, cuya calidad es ostensiblemente menor.

Edificios de valor histórico-patrimonial, mercado y cambios urbanos

En la misma arremetida contra edificios de otras épocas, están los intereses movidos por la rentabilidad de los inmuebles. En efecto, el negocio de bienes raíces suele ser uno de los principales agentes de aniquilamiento de los edificios antiguos. Al margen de su calidad estética y de los posibles valores identitarios y hasta de uso que encierren dichos edificios, los promotores inmobiliarios los demolerán, si en ello les vienen mayores utilidades. En especial cuando están ubicados en avenidas o barrios donde la renta del suelo tiene un alto valor comercial. Empero, también de vez en cuando los promotores inmobiliarios reconstruyen edificios antiguos para comercializarlos, llegando en ocasiones a restituirlos con adecuados criterios de restauración, al devolverles su integridad original. Aunque esto, por lo regular, sólo ocurre cuando el inmueble antiguo intervenido representa un alto potencial de rentabilidad inmobiliaria.

A su vez, la ejecución de obras públicas, en particular las que se llevan a cabo para dotar de infraestructura a las localidades, también contribuye a modificar, en ocasiones degradando los espacios arquitectónicos históricos. Con el devenir de los años en las ciudades y los asentamientos colectivos de menor escala, se van trazando nuevas calles, plazas y espacios públicos en general, a la vez que se realizan diversas ampliaciones en el medio ciudadano. Cuando las obras se llevan a cabo en

baldíos o zonas urbanas que no están fincadas, difícilmente impactan en forma negativa a las edificaciones cercanas con valor patrimonial. Incluso si se trata de trabajos de pavimentación o regeneración, antes bien, se las mejora, revalorándolas en todo sentido. El inconveniente tiende a adquirir mayores proporciones, cuando las obras urbanas se realizan en los cascos antiguos de las ciudades “históricas”. En especial, porque ahí se encuentran tanto edificios, como otros objetos de carácter monumental, mismos que se ven amenazados, cuando no dañados por la realización de construcciones urbanas.

Aunque lo cierto es que toda obra que se efectúe dentro del tejido urbano trae diversos inconvenientes para quienes habitan los espacios existentes. Éstos puede ser durante periodos de algunos días o semanas, pero también pueden llegar a extenderse por muchos mese y hasta por varios año. Por señalar sólo algunos de esos perjuicios, entre los más comunes están los que bloquean o dificultan el acceso a los edificios, generan ruido, impiden el paso del sol, producen vibraciones o incluso son generadores de contaminantes de diversa índole. La situación extrema surge cuando, como solía ocurrir en décadas pasadas, la ejecución de un proyecto urbano supone la demolición de algún monumento o edificio histórico, o incluso toda una manzana o una serie de manzanas, dentro de las zonas con mayor valor histórico de alguna ciudad.

Por su parte, la migración poblacional también ha venido actuando, sobre todo en los últimos años, para producir cambios en las edificaciones. Tales cambios se advierten con mayor claridad en la arquitectura vernácula, sobre todo en asentamientos de las zonas rurales, aunque también están presentes en los barrios populares de las ciudades. El efecto derivado de ese proceso no es necesariamente negativo para las edificaciones, empero, muchas veces sí las modifica profundamente o derriba por completo, sustituyéndolas por nuevas construcciones. El flujo de remesas, producto del esfuerzo laboral de los trabajadores migratorios, está modificando la imagen de infinidad de poblaciones rurales en aquellos países de donde procede esa fuerza de trabajo internacional. Cabe insistir en que si bien es cierto que esos cambios no significan por necesidad un deterioro de las poblaciones y edificios donde se llevan a cabo, también es cierto que muchas veces producen alteraciones de imagen, además de que muchos edificios o ampliaciones están realizadas sin el menor apoyo de diseñadores profesionales.

El crecimiento urbano al paso del tiempo

Algo similar ocurre a partir de que las ciudades crecen, en especial cuando lo hacen a un ritmo espacial y demográfico que supera sus capacidades para satisfacer las necesidades de sus habitantes. Pero en particular, el proceso degradante más decidido se da cuando en muchas zonas las vialidades se saturan de tránsito vehicular. En las ciudades mayores, las horas que se invierten cada día para desplazarse a cualquier destino se convierten en indicador regresivo en la calidad de vida del habitante urbano. Una cada vez más creciente porción del día se destina a moverse, en una suerte de desperdicio y de gasto personal que ciertamente no se origina en los espacios arquitectónicos, pero que incide sobre ellos y quienes los ocupan. En el balance del tiempo perdido se pueden contabilizar millones de “horas mujer y hombre”, que se escapan en el desplazamiento cotidiano dentro de las grandes aglomeraciones urbanas.

Jamás en la historia de las ciudades se presentaron asentamientos con tantos millones de personas establecidas de manera permanente dentro de la trama de un espacio compartido. La expansión incontrolada y desbordante conduce a que la imagen de las ciudades se degrade y, con ellas, también la mayor parte de los objetos arquitectónicos se tornen apagados y hasta despersonalizados. Pero en una relación directamente proporcional al incremento poblacional, la renta del suelo se acrecienta, y con ella el negocio de los bienes raíces se tonifica en las zonas de ingresos medios y altos. Si bien el mercado inmobiliario tiene sus altibajos, la tendencia al alza va prevaleciendo, incluso hasta en los barrios populares, una vez que éstos se consolidan materialmente y logran una aceptable dotación de servicios.

Finalmente, una situación excepcional tiene lugar cuando se llega a un punto extremo en el deterioro físico, que se da al llegar a la extinción de los propios asentamientos humanos donde se crearon y recrearon las obras arquitectónicas. La desaparición de ciudades en el transcurso de la historia ha ocurrido cuando éstas entran en decadencia, de suerte que terminan siendo abandonadas y los objetos arquitectónicos que formaron parte de ellas tarde o temprano, pero de manera inevitable, se van quedando en calidad de ruinas. Las causas del decaimiento y colapso de las ciudades han sido múltiples en el transcurso de las épocas. Si bien las de carácter económico están entre las más importantes como origen de muchos desplomes urbanos, también se pueden señalar otras más:

conflictos bélicos, invasiones, desequilibrios medio ambientales y hasta epidemias o cataclismos naturales, que las arrasaron por completo, o bien, causaron tal nivel de destrucción, que obligaron a los sobrevivientes a mudarse a otro sitio.

La arquitectura frente a los avances e innovaciones que ocurren en el tiempo

Así como el transcurrir de los años y las décadas van degradando y hasta terminan por aniquilar edificios y ciudades, también ejercen diversas e importantes influencias que favorecen su diseño y materialización. En la evolución de la cultura humana, jaloneada por avances y retrocesos, aflora una tendencia dominante de innovación, a la que desde luego no escapan los arquitectos. Esta ocurre sobre todo en lo que hace a sus componentes materiales y a los sistemas constructivos a través de los cuales se erigen los espacios previamente proyectados. En el mismo sentido, también propende a avanzar el dominio de los conocimientos técnicos y científicos aplicados al diseño y construcción de los espacios. En manera alguna estos avances se traducen axiomáticamente en una arquitectura mejor diseñada respecto a la del pasado, pero sí suelen hacer más fácil, eficiente y económico el desempeño de la materialización arquitectónica.

De igual forma, sobre todo en los últimos años, el avance del conocimiento en disciplinas conectadas con el medio ambiente, prelude una creciente toma de conciencia sobre la preservación de éste. De manera especial, los diseñadores urbanos y los arquitectos van asumiendo su tarea, o cuando menos es de esperarse que así lo harán cada vez más, actuando de forma más responsable en los años venideros. Hoy existe asimismo un mayor dominio de disciplinas como la acústica, la isóptica, las propiedades de aislamiento térmico de materiales y espacios, así como de otros factores físicos para lograr una mejor y eficiente adecuación en los inmuebles. Esos conocimientos permiten acometer las tareas proyectuales sobre bases más confiables y mejor cimentadas que las proporcionadas por la mera experiencia empírica. Sólo que, por desgracia, no suelen ser aprovechados todavía, más que en una mínima proporción.

Como en muchas otras expresiones de las artes visuales, la novedad deslumbrante puede llegar en oleadas que con frecuencia se lanzan implacables contra las obras existente del pasado. En el impulsivo influjo

de la modernidad arquitectónica, desplegada de manera incontenible al correr de la primera mitad del siglo XX, ésta se volcó sin la menor contemplación, en especial contra aquella edificada en otros periodos de la historia humana. Ello marca un contraste con la tradición arquitectónica de siglos anteriores, cuando los arquitectos, inequívocamente, se mostraban inclinados a la búsqueda de la permanencia y la durabilidad de las obras. Mientras que, por el contrario, en la actualidad, estos profesionales son más proclives a pronunciarse en favor de las construcciones temporales. Del mismo modo en que su discurso se encuentra muy impregnado de conceptos como novedad, reciente, joven. En ese orden de ideas, priva en amplios sectores una actitud negadora del pasado arquitectónico, en la que proyectar espacios para vivir el instante actual se convierte en el núcleo duro de la trascendencia del diseño.

La idea misma de progreso urbano y arquitectónico que convocó a la mayoría de las voluntades, así como a buena parte de las inteligencias más brillantes hasta bien avanzado el siglo XX, de pronto pareció ir perdiendo solvencia. No tanto porque no se buscara mejor calidad de espacios vitales, sino más bien por una suerte de resignación ante la imposibilidad de alcanzar dicho objetivo. La modernidad arquitectónica fue entonces sometida a serios cuestionamientos, llegando incluso a reformular aquello de que: "la forma sigue a la función," para reducirlo a: "la forma sigue al fiasco" (Blake, 1977). En suma, las ideologías vanguardistas, junto con la propensión a la venta de imagen de lo que se pretende actual, en todo momento estarán enfrentadas con el tradicionalismo historicista. Puede bajar de intensidad y de tono la confrontación, pero es algo inherente a la idea y la práctica arquitectónicas, el que ambas inclinaciones estén pulsando fuerzas de manera permanente.

La arquitectura como nostalgia

*La casa... nos permitirá evocar
fulgores de ensoñación que
iluminan la síntesis de lo
inmemorial y del recuerdo.*

G. Bachelard

En principio, debe acotarse que para un sector nada reducido de la sociedad contemporánea, la arquitectura del pasado encierra tal vez

el principal valor material que ha sido legado por la historia humana. Es por demás recurrente, entre quienes se identifican con esta postura, sostener que la más genuina y representativa arquitectura de una colectividad es la que produjeron sus antecesores de otras épocas. En esa lógica no es poco frecuente que se conciba a la arquitectura del pasado, incluso como el ingrediente fundamental de la identidad para ese colectivo. Sobre todo, habida cuenta de que, como bien diría Hegel, muchas de ellas fueron “obras cuya ejecución exigió en determinadas épocas toda la actividad y la vida de los pueblos” (Hegel, 1985).

La consideración anterior encierra una sustancial cuota de certeza. Empero, cuando aferrándose a la misma se rechazan o descalifican las manifestaciones contemporáneas del hacer y pensar arquitectónicos, estamos ante visiones de un conservadurismo estéril. Asimismo, la exaltación del pasado como una etapa mejor al presente, invariablemente viene acompañada de ese sentimiento de pérdida sobre lo que se ha ido para siempre o cuando menos, la idea de que el presente se encuentra sumido en irresoluble decadencia. Esa postura idealizadora de estadios anteriores en el desarrollo de la sociedad y de la arquitectura, no suele ser la mejor consejera para formular una reflexión, incluso cuando ésta se refiere a las *piedras antiguas*. Aunque admito que después de todo, en las grandes obras arquitectónicas hay mucho de impulso colectivo y ello abona en su sentido de símbolos de identidad comunitaria.

Estoy convencido de que la historia tiene su lugar bien ganado en la arquitectura. Del mismo modo en que no me cuestiono el que la arquitectura se halla generalmente cómoda en la historia. Ambas se empalman, sentando bases importantes para el presente arquitectónico, a la vez que nos permiten adelantar los escenarios futuros de su desenvolvimiento. Por supuesto que así es, pero el pasado histórico jamás puede esgrimirse para negar la actualidad. Nos brinda elementos para explicarla, y en ella encontramos algo más que raíces de lo que somos y hacemos en la producción de los espacios para vivir. Empero, la lógica de que “todo tiempo pasado fue mejor”, no conduce más que un encumbramiento de la nostalgia, que no se sostiene sobre la menor base racional. Vale asumir que algunos productos urbanos y arquitectónicos de otros periodos históricos siguen siendo insuperables en diseño y materialización, pero ello está muy lejos de conferirle una validez absoluta a la producción espacial del pasado. Perder la perspectiva de la crítica hacia los objetos de otras épocas, es perder también la capacidad de asumirnos en la crítica frente a los contemporáneos.

La arquitectura del pasado como lastre

*En la espalda de toda
civilización moribunda
hay
clavada una infame columna dórica.*

Herbert Read

Desde una postura diametralmente opuesta se sitúan aquéllos para quienes la historia no tiene el menor sentido para la arquitectura actual. Incluso aquélla suele ser vista como un estorbo frente al que no hay otra alternativa, que la de proceder a demolerla. En todo caso impera la ideología del “borrón y cuenta nueva”, propia de una galopante modernidad que hacía tabla rasa con el pasado, y en un ajuste de cuentas con los edificios de otras épocas, arremetía contra ellos. Recuerdo haber escuchado en un debate sobre historia y arquitectura aquella sentencia bíblica de: “Dejad que los muertos entierren a sus muertos”. Como si fuesen cadáveres las edificaciones del pasado, a pesar de que muchas de ellas estaban todavía prestando muy buenos servicios, con un incuestionable valor de uso en términos de habitabilidad.

En esa misma perspectiva la mayoría de los arquitectos que se encaramaron a la modernidad del siglo XX, sentían al pasado histórico como una losa pesada de la que había que desprenderse. En el mejor de los casos, unos cuantos edificios de otras etapas en el devenir de la sociedad, eran contemplados con relativa benevolencia o resignación, más que nada atendiendo a su “valor simbólico” o a “consideraciones artísticas”. Pero de igual forma, hace poco más de un cuarto de siglo, que algún destacado autor decretara la “muerte de la arquitectura moderna” (Jencks, 198: 17). Solamente que la persistente voluntad de muchos otros arquitectos revela que han mantenido oídos sordos a esa consideración. Al mismo tiempo que todo parece indicar que la mayoría de los usuarios parecen no haberse enterado de esa defunción. De tal suerte que en estos primeros años del siglo XXI, se sigue impulsando la producción de edificios que se adscriben a los rasgos dominantes de la modernidad arquitectónica.

Asociado a lo anterior está la inquietud respecto de los estilos en Arquitectura. Y, por ende, la reflexión crítica frente a la obsesión por ir acorde con aquellas vertientes estilísticas que imperan en el momento

en que se vive. La historiografía tradicional suele irse por el expediente relativamente cómodo, consistente en el recuento de los estilos arquitectónicos. Desde esa fijación el estudio del devenir de las obras de arquitectura se asume tributario a la visión de los historiadores del arte, cuyas categorías se trasladan y aplican, dado que encierran cierta validez analítica y sentido de ubicación histórica. Pero se pierde de vista que no atienden a otras variables clave de la interpretación y el análisis arquitectónicos, a saber: procedimientos constructivos; naturaleza del espacio y su valor de uso o función, materiales, adecuación y aprovechamiento de los recursos que el medio provee, etc. Recorrerla a través de estas vías interpretativas es una tarea un tanto más laboriosa, pero que sin duda brinda resultados más completos para la comprensión de los hechos arquitectónicos. En la medida en que se profundice en esa orientación, el presente y el pasado podrán ser aquilatados de manera más cabal, como se explora aquí en seguida.

La “crítica” del tiempo le baja los humos a cualquier arrogancia arquitectónica

Ciertamente lo que se considera agradable de un espacio puede variar al transcurso de los años, como también sucede con su contraparte, de suerte que lo estimado como desagradable en un momento, puede dejar de serlo. Esto es lo que hace relativa la crítica del tiempo en arquitectura. En términos semejantes también evolucionan, crecen o desaparecen las necesidades asociadas al hecho de habitar. Por lo regular se vuelven más complejas, ocasionando que los edificios de otras épocas tengan que ser readaptados, en mayor o menor grado, a fin de acondicionarlos a las nuevas exigencias, requerimientos y posibilidades de la actualidad. Pero, al margen de lo indicado en las primeras líneas de este párrafo, lo cierto es que con frecuencia, los edificios realizados en décadas anteriores o hasta algunos siglos atrás, suelen ser los que mejor resisten al uso cotidiano y a los siniestros naturales.

Más aún, hay determinados edificios que bien podríamos decir que gozan de una suerte de intemporalidad. Algunos de ellos, incluso edificados hace centurias, los seguimos admirando en nuestros días, del mismo modo en que buena parte de los mismos los continuamos habiendo o usando para otros fines. Un considerable número de ellos parece no haber perdido atractivo en el gusto de amplios sectores. Además se

añade a su valor de uso, el valor estimativo que les conferimos por motivos estéticos, en la medida en que siguen proporcionando gratificación o deleite (Vitruvio, 1992: 14), al contemplarlos o introducirnos en su interior. En términos de Valéry, son edificaciones que no sólo nos siguen “hablando” sino que hasta nos cantan (Valéry, 2002: 32).

En la consideración anterior, quizá incurro en lo que Heidegger conceptúa como el “tiempo mundano”, dado que está fincado en factores más subjetivos; esto es, aquel cuya apreciación viene dada ante todo por la valoración y significado que los individuos y la colectividad le otorgan, en este caso al edificio, a lo largo de los años (Heidegger, 1971: 452). En un plano similar, el encabezado de este apartado, señalando que *“la crítica del tiempo le baja los humos a cualquier arrogancia arquitectónica”*, adquiere también sentido. Por desgracia, esa crítica no suele ser conocida por quien desarrolló el proyecto en cuestión, con lo que podría cuestionarse en torno a cuál es la validez de una crítica arquitectónica, cuyo destinatario original probablemente dejó de existir alguna o varias generaciones atrás. Y lo que de inmediato surge como respuesta es que el autor del edificio ya no podrá apreciar el contenido de la crítica de este tiempo acerca del objeto que diseñó, pero sí lo harán las actuales y las nuevas generaciones de arquitectos que sabrán de esa crítica. Así como también la podrán conocer y valorar los usuarios que se asomen al contenido de esa crítica. En suma, podemos decir que seguimos aprendiendo lecciones de los edificios de otras épocas, como lo seguirán haciendo las generaciones venideras con ellos y con los actuales.

El tiempo como reto durante la edificación y el diseño

Otro ámbito en el que se cruzan las coordenadas de lo temporal y lo espacial- arquitectónico es el que corresponde a la ejecución de las obras. Tan importante como la obligada interrogante sobre “cuánto va a costar”, formulada por quien demanda los servicios de un arquitecto, viene en seguida la correspondiente, “y cuánto se va a tardar”. Como en cualquier otro oficio, la práctica arquitectónica precisa establecer, desde los primeros escarceos para la eventual contratación de algún proyecto, un estimado tentativo, más o menos previsible, teniendo enfrente el calendario. Tal vez no se trata de fijar fechas rigurosamente precisas, aunque algunas empresas, sobre todo despachos y constructoras internacionales, sí suelen comprometerse a entregar la obra concluida en un día exacto.

En realidad, lo que como mínimo se solicita al arquitecto, es que indique a grandes trazos un lapso máximo de duración de la obra.

No hacerlo así puede dar al traste con las posibilidades de contratación, de modo que, aunque sea sólo de manera muy desdibujada y con un compromiso de amplio intervalo entre meses o estaciones del año, debe fijarse una fecha aproximada de posible conclusión de los trabajos. Es también, sin embargo, comenzar a moverse sobre la cuerda floja por la palabra comprometida. La realización de cualquier obra arquitectónica encierra diversos imponderables y un sinnúmero de incidentes no previstos que pueden afectar su avance conforme a lo planeado. Desde un chubasco en marzo, cuando tocaba echar el colado de una losa, hasta la descompostura del vehículo que transportaba el material o maquinaria decisivos para culminar una etapa intermedia en el proceso de ejecución. Los retrasos pueden ser de horas, días y a veces hasta de semanas o meses. Y no se crea que sólo en las obras contemporáneas pueden ocurrir rezagos; hay infinidad de casos a lo largo de la historia, donde las demoras se prolongaron por décadas o, incluso, se cancelaron por completo las tareas planeadas. Por ejemplo, cuando Bernini se hizo cargo de la construcción en la fachada de la Basílica de San Pedro en el Vaticano, la inestabilidad del subsuelo obligó a suspender las obras de las torres laterales de su proyecto, mismas que a final de cuentas no se ejecutaron.

Menos costosos suelen ser, desde luego, los retrasos para la presentación de algún proyecto. Aún así, del cumplimiento cabal en los plazos de entrega, depende también en buena medida el que se conceda la realización de un edificio. En el caso de aquellos tan frecuentes, asignados por el procedimiento de concurso, la no entrega dentro del límite fijado es fatal. No está de sobra indicar que el incumplimiento de las entregas del trabajo no es exclusivo de la profesión que nos ocupa, aunque en ella con frecuencia adquiere perfiles extremos. Por ello mismo el gremio arquitectónico suele seguir siendo caracterizado como de “desvelados”, ya que cubre a veces jornadas ininterrumpidas de varios días o semanas. A Lord Norman Foster le falló, hace unos años, la entrega dentro del tiempo establecido para los nueve finalistas en el concurso para el proyecto del nuevo World Trade Center al sur de Manhattan. No lo ganó, aunque se hallaba entre los favoritos de la opinión pública neoyorquina, pero en ajustes calendáricos y de índole financiera, que se hicieron con posterioridad, las autoridades neoyorquinas y las otras instancias involucradas, terminaron aprobando la realización de un edificio de 67 niveles

(World Trade Center Tower 2 en 200 Greenwich Street), proyectado por la firma corporativa encabezada por dicho diseñador.

No es superfluo referir que la presión propia del oficio, comienza en los primeros años de formación, trabajando a ritmos forzados con jornadas extenuantes, a veces hasta de más de 48 horas sin dormir, a fin de entregar el proyecto antes de que venza el plazo fijado por el docente. Y ciertamente, toda proporción guardada, la misma los habrá de acompañar durante todo el resto de su vida profesional. Ahí la tiranía implacable del reloj y del calendario, asumen manifestaciones en verdad inexorables, introduciendo un sentido de compromiso responsable frente a la dimensión temporal.

El factor tiempo en el uso de los espacios arquitectónicos

En la resolución de cualquier proyecto arquitectónico, una variable medular que está a consideración del diseñador se refiere al tiempo que requerirán los usuarios para desplazarse dentro del edificio proyectado o para desarrollar en éste cualquier actividad de la manera más expedita. Esto reviste singular importancia cuando se trata de géneros como el hospitalario, donde por ejemplo, los segundos que le tome el recorrido a una enfermera o a un médico pueden ser vitales en una emergencia. Pero también una mala ubicación del módulo de enfermería puede hacer que el personal paramédico tenga que realizar mayores distancias de recorrido en su actividad regular dentro del hospital. De esa forma, si una enfermera tiene que caminar en promedio dos kilómetros por jornada para realizar su trabajo, una descuidada propuesta arquitectónica la puede condenar a duplicar esa distancia, con los inevitables efectos de cansancio y eficiencia en su desempeño.

Por ende, la organización del espacio planteada desde la prefiguración inicial del proyecto, tiene que atender con sumo cuidado el aspecto del tiempo como factor clave; a partir de la concordancia entre partido y programa arquitectónicos. De esa manera el uso del edificio proyectado deberá privilegiar la agilidad de desplazamiento dentro del mismo. Más aún cuando se diseñan edificios públicos, cuyo uso reclama que tiempo y distancia sean resueltos de manera más articulada. Así, cuando se proyecta un espacio de gran complejidad, en donde la circulación de vehículos y personas tiene lugar dentro de grandes superficies, esta variable será determinante como criterio de diseño. Es el caso, entre

otros, de aeropuertos, estaciones de ferrocarril, grandes conjuntos habitacionales o edificios para la producción. De una correcta propuesta de diseño dependerá el que el funcionamiento de esos inmuebles de gran envergadura resulte operante y evite los retrasos, por lo que el equipo diseñador tendrá que ser muy eficaz en resolver el acomodo de los diferentes componentes del complejo a edificar, poniendo su habilidad y empeño en realizarlo de la manera más adecuada, conforme a la lógica de ahorrar tiempo a los usuarios para desplazarse dentro del mismo.

Incluso en edificios de menor complejidad y área construida, como puede ser una casa habitación promedio, el desarrollo del proyecto tiene ante sí el reto de resolver, de la manera más atinada, el asunto de las circulaciones. Así, en la distribución de los distintos componentes espaciales de la casa, se tiene que buscar el acomodo más conveniente, a efecto de que los habitantes empleen el menor tiempo para ir de un lugar a otro de la casa. Igual cuando se trate de una vivienda modesta y de reducida superficie, el arquitecto siempre deberá considerar los recorridos, a fin de resolver de la manera más eficiente el movimiento dentro del espacio doméstico.

La mayoría de las obras arquitectónicas aspiran a ser “de su tiempo”

El paso del tiempo trae y lleva a la vez tendencias, gustos, metáforas y significados arquitectónicos. Aquello que concitó los afanes y preferencias de una o varias generaciones, puede resultar cuestionado, desterrado, olvidado, cuando no maldecido por las siguientes. Ya apunté antes alguna referencia al respecto, pero ahora lo haré con más detenimiento. Y es que en alguna medida cambia el gusto de manera espontánea por fatiga, sobre todo cuando las soluciones formales se repiten hasta la náusea en los proyectos, o bien, con los años y de manera paulatina, las tendencias dominantes en la arquitectura, se van “desdibujando” a los ojos de los diseñadores y de quienes demandan sus servicios. Ese cambio suele ser también inducido desde los despachos de los arquitectos por criterios de mercado, buscando promover aquellas fórmulas visualmente atractivas y que incluso muestran una clara espectacularidad. En especial cuando se trata de edificios para empresas corporativas, donde el inmueble se convierte en la imagen misma de la corporación. Como sea, se van impulsando nuevos paradigmas en las formas y el carácter

arquitectónicos que tarde o temprano terminan siendo asumidos por una parte creciente de la sociedad.

Algunos arquitectos en diversos momentos de la historia han imitado las obras de otras épocas. En particular, el mundo clásico grecolatino ha sido uno de los motivos más emulados, y sus edificaciones han sido incluso más o menos reproducidas en diferentes lugares y tiempos. Empero, aunque las formas y los materiales externos hayan sido casi equivalentes a los propios modelos de la antigüedad clásica, siempre se incorporaron elementos estructurales o algunos componentes, tanto de materiales, como de soluciones espaciales, que no equivalían plenamente a los edificios del pasado, que pretendían repetir (Giedion, 2003: 10). Al correr de buena parte del siglo XIX, se generalizó entre amplios sectores del gremio arquitectónico en todo el mundo, la restitución de muchos episodios de la historia de la arquitectura, con lo que los anglosajones denominan los *revivals*. Así, junto al neoclásico, proliferaron los edificios neogóticos, neorrománicos y hasta los neochinos y neoislámicos. Los resultados de esa pretensión de retorno a las arquitecturas de otros periodos fueron la gran mayoría de las veces meros remedos malogrados, cuando no, incluso se produjeron versiones en verdad caricaturescas. En último término ese impulso romántico que impregnó a buena parte de la arquitectura decimonónica, sólo derivó en objetos anacrónicos, carentes de autenticidad.

En respuesta a lo anterior, la modernidad arquitectónica afianzada en el siglo XX arrancó, entre otros principios, sobre el de no revivir la historia. Por ende, es a partir de ella que adquirió carta de naturalización la idea de “estar al día”, o, más propiamente, “moverse acorde con su época”. Ésta configura uno de los pruritos más favorecidos por las comunidades de arquitectos, así como de la generalidad de entre quienes requieren de sus servicios. Esta aspiración a situarse dentro la dimensión temporal que le es propia del periodo en el que se está viviendo es por demás legítima, además de comprensible. Conforme a ella, los paradigmas dominantes se encumbran por algunos años, o tal vez durante periodos más largos, invadiendo espacios y conciencias conforme a la lógica de que “mientras más se inventa más se imita... y mientras más se imita más se inventa”.

Sólo que, del mismo modo en que casi siempre ocurre con la inicial resistencia a la aceptación de un nuevo paradigma en ciencia (Kuhn, 2004: 14), también en la vida sociocultural las comunidades se oponen a la adopción de nuevas tendencias. Desde la desconfianza

hasta la timidez o falta de audacia, pasando por el más delirante conservadurismo, el resultado siempre viene a ser que no se inclinan por los cambios en las formas u otros elementos arquitectónicos. Pero una vez que éstos han comenzado a ser asimilados, se tornan algo cercano a un dogma. Entonces pasan a convertirse en el “signo de los tiempos”, y el ser contemporáneo implica entonces una arquitectura que proclama, como en su momento lo hiciera la escuela mexicana de pintura: “no hay más ruta que la nuestra”. Nada más que los tiempos que corren al iniciarse el tercer milenio no ofrecen una vía única en la arquitectura. Antes bien, son múltiples y variadas las propuestas que surgen en la actualidad como se examina más adelante.

Asimismo, es oportuno recordar a José Villagrán con su propuesta teórica conforme a la cual, situarse de manera adecuada en las coordenadas espacio tiempo definen a “todo buen hacer arquitectónico”. Así, el teórico mexicano de las primeras décadas del siglo XX contribuyó a sentar las bases para una reflexión, que puede sintetizarse como una declaración de destierro a cualquier *anacronismo* arquitectónico (Villagrán, 1968: 34-35). A través de tal formulación *villagrániana* se llega, de manera ineludible, a la idea de que la única arquitectura digna de ser considerada como tal, es aquella que se inscribe dentro de los cánones o tipologías que son aceptadas por el conjunto de los arquitectos de la época en la que se la diseñó y produjo. Sin que se impongan una única “línea” de hacer arquitectura, se definen los rasgos tipológicos que *grosso modo* la caracterizan.

Ni remotamente se trata de un mero asunto de moda; aunque ésta ciertamente juega algún papel en las preferencias arquitectónicas, sobre todo cuando nos acercamos a ella desde una visión más propia de la mercadotecnia o la frivolidad. Y es en ese orden de ideas que vamos atestiguando cada vez más la presencia del mercado en el “gusto arquitectónico”. Con el refuerzo publicitario y una cierta exploración mercadológica se van seleccionando aquellas fachadas, colores, texturas y hasta formas que resultan más exitosas. Las que más se venden porque potencialmente apuntaban a ser más atractivas; pero al mismo tiempo, respondiendo a la promoción que los vendedores —y con ellos los arquitectos— les imponen. De ese modo, la arquitectura “de nuestro tiempo”, va siendo más inducida desde despachos de forjadores de imágenes, donde la mayoría de los arquitectos entran al juego de los promotores inmobiliarios. O bien pasan a convertirse ellos mismos en impulsores de las tipologías consumistas y de las imágenes comercial-

mente atractivas que pretenden definir a la actividad arquitectónica contemporánea.

Sin embargo, la diversidad de tendencias que ofrece la arquitectura de las últimas dos décadas, viene a poner en entredicho la visión de una sola senda arquitectónica. Me ahorro, y al lector por consiguiente, las múltiples etiquetas; muchas de las cuales se entreveran y casi nunca dejan establecidos con precisión sus linderos. Sólo me limito a indicar que por lo menos desde el último cuarto del siglo XX, si no es que un poco antes, se operó una suerte de dispersión disgregadora de tendencias arquitectónicas, que claramente contrastan con la mayor uniformidad relativa que en su momento acusara el movimiento moderno. No podría omitir en estas páginas alguna reflexión sobre la dimensión temporal venidera, asunto que *grosso modo* veo a continuación.

El futuro arquitectónico, ¿apocalíptico o esperanzador?

¿Hacia dónde se encamina la arquitectura en la actualidad? Aproximarse al menos a un tímido intento de respuesta a esa interrogante supone de entrada una breve reflexión sobre el panorama que la disciplina ofrece en estos años iniciales del milenio. En primer término está el que atravesamos por una época en la que no hay tendencias hegemónicas. Más aún, salvo unos cuantos edificios de proyección global altamente promovidos por los medios, existen mayores posibilidades de hallar expresiones arquitectónicas regionales contemporáneas, que aquellas de naturaleza universal. La vertiginosa expansión de las comunicaciones y los medios electrónicos interconectan con celeridad las novedades, de suerte que toda innovación formal o tecnológica es asumida de inmediato, siempre y cuando se tengan las condiciones financieras y la capacidad técnica para hacerlo.

Lo paradójico de la situación actual es que habiendo mucha actividad arquitectónica realizada en este tiempo, no hay una que lo represente a plenitud. Esto parece ser cosa del pasado y es muy probable que haya sido dejado atrás para siempre, dada la creciente complejidad por la que se está conduciendo cada vez más la sociedad contemporánea. La aspiración por hacer arquitectura con proyección universal sigue estando ahí, pero sólo unas cuantas firmas arquitectónicas globalizadas alcanzan a colocar sus productos en el escenario mundial. Por su parte, “globalización” es un concepto tan desgastado, repetido, manoseado

e ideologizado, que dice mucho y no dice nada. Pero lo cierto es que la arquitectura contemporánea se extiende por todas latitudes sin que tenga un referente nacional.

Domina la escena arquitectónica una vistosa y espectacular, pero muy localizada, producción, revestida de alta innovación tecnológica, compartiendo la gloria con una marcada obsesión formalista. Los términos *alta tecnología*, *diseño sustentable*, *edificios inteligentes*, campean en el discurso arquitectónico actual. La férrea voluntad funcionalista, impregnada de pretensiones racionalistas que prevaleció en buena parte de la arquitectura del siglo XX abdicó, dejando el paso libre a la obsesiva expresividad formal de nuestro tiempo. En la práctica, más que en el discurso, la forma ya no sigue a la función, sino que la antecede en las obras más impactantes a escala mundial. De tal manera que en la arquitectura desarrollada en este tiempo, suelen ganar las primeras planas los edificios que muestran mayor atractivo y audacia formales. Empero, cabe insistir, se trata de objetos aislados, signados por la espectacularidad de su diseño, y que sobresalen por su imagen, tras la búsqueda de un señalado carácter emblemático o más bien corporativo.

Frente a esa arquitectura corporativa y de consumo (costosa sí, pero al fin de cuentas de consumo mercantil) se sitúa la arquitectura masiva, despersonalizada, repetitiva y ordinaria. Pocos proyectos escapan a ese panorama de estandarización reducido a diseños convencionales y conformistas. Lo paradójico es que hay talento y creatividad en todas partes, pero son aplastados por el consumismo y la autocomplacencia, sometidas a la perversión del mercado. Nunca en la historia humana hubo tantos arquitectos, con tanta capacidad creativa y manejo de conocimientos sobre su oficio y, al mismo tiempo, nunca ha habido tanta capacidad y talento desaprovechados.

La arquitectura, acompañando a múltiples manifestaciones e inquietudes sobre la evolución venidera de las sociedades humanas, tiende a ser una actividad que adelanta, o al menos se sitúa frente, el porvenir. La arrogante aspiración concretada en "proyectar los espacios del mañana" encierra algo más que una mera frase promocional inmobiliaria. No sólo Le Corbusier o Wörgth, en su momento, sucumbieron a la tentación de pronunciarse y trazar perspectivas sobre el futuro de las ciudades y los espacios arquitectónicos. ¿Qué arquitecto, por muy modesto que sea en sus ambiciones, no ha sido tocado por lo seductor de dicha tentación? Si algo puede caracterizar a esta época es la avidez por lo nuevo, que llevada a extremos cada vez más generalizados, deviene "*el desdén por*

lo que existe y la fascinación por lo inexistente" (Javier Marías, 1998: 23). De esa suerte, la arquitectura actual se despliega entre demoliciones, remodelaciones y persistencias, resistiéndose a guardar ese carácter de perdurabilidad que durante siglos la definiera. Frente a la secular aspiración por producir objetos habitables de larga permanencia, se ha encumbrado una propensión a generar obras francamente de consumo, cuya vida útil, en la mayoría de ellas, no está contemplada para ir más allá de unas cuantas décadas. Por lo que, en forma paradójica, relativamente se ha ido debilitando la aspiración por realizar objetos arquitectónicos que tengan trascendencia hacia el futuro.

Conclusiones

El transcurso del tiempo termina por liquidar todo, pero de igual forma en el tiempo nacen y crecen los seres, así como los objetos por ellos pensados y contruidos. En la permanente dialéctica de la tradición y el cambio, la arquitectura se despliega a tirones entre ambas fuerzas contrapuestas. Muchos valores arquitectónicos cambian en el transcurso de las épocas, pero hay también otros que permanecen incólumes. Así, algunos nos seguimos peleando con Vitrubio y hasta buscamos enterrarlo muy profundo en el subsuelo del pasado y el olvido. Mientras que otros lo seguimos citando, desenterrándolo y poniéndolo como ejemplo de reflexión arquitectónica trascendente e intemporal. En ese mismo orden de la reflexión, seguimos admirando o condenando a los edificios de la antigüedad clásica, igual que ensalzamos o denostamos, bien sea a los neoclásicos, bien sea a los barrocos, o hasta no falta quien reivindicque a la arquitectura romántica decimonónica. Asimismo, vienen apareciendo, de manera no tan esporádica, expresiones nostálgicas por una modernidad que todavía no acaba de irse, si es que realmente se está yendo. En tanto que la posmodernidad parece que se ha desgastado en estos inicios del tercer milenio.

También es cierto que, a veces en arquitectura, la tradición suele mirar al futuro, con mayor nitidez de como lo hacen los que se autodefinen vanguardistas. Lo que por lo menos manifiesta dos situaciones. Por una parte, revela con indiscutible contundencia, que en el diseño de la morada humana no basta con querer hacer algo, sino hay que saber hacerlo. Por la otra, evidencia que, en buena medida, esos impulsos de futuro tienen más que ver con una suerte de señuelo publicitario para

efectos de promoción inmobiliaria. A final de cuentas, la aspiración de lograr éxito económico como diseñador no está reñida con la autenticidad de una postura que ve hacia adelante y se empeña por ir en esa dirección. Lo que resulta contradictorio es hipotecar dicha autenticidad, así sea por algo más que un plato de lentejas.

A final de cuentas, puede decirse que en nuestro afán por querer ser contemporáneos, hacemos "tábula rasa" de toda la arquitectura de otras épocas. O, por el contrario, impregnados de nostalgia, queremos convalidarla como la verdadera arquitectura. Pero bien sea que la rechazemos o bien que la celebremos, es casi inevitable que terminemos reconociéndola, dándole un lugar en nuestras fobias o nuestras filias. Del mismo modo en que también es inevitable que al paso de los siglos venideros, la mayoría de la arquitectura actual y del pasado, a pesar de la esplendidez de su diseño o su excelencia constructiva, habrá de terminar desterrada de la memoria colectiva.

Referencias

- Alberti, León Batista. 1986. *The ten books of architecture*. Nueva York: Dover Publications.
- Bachelard, Gaston. 1986. *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ballina, Jorge. 1998. "Espacios distantes... hombres aprendices en busca de una arquitectura más humana". En *Arquitectura crítica*, México: Universidad Iberoamericana, año 2, núm. 2, 19-38.
- Bernal, John D. 1967. "Ciencia y Arquitectura". En *La libertad de la necesidad*. México: UNAM.
- Blake, Peter. 1977. *Form follows Fiasco. Why modern architecture hasn't worked*. Boston: Atlantic Monthly Press.
- Boils, Guillermo. 2005. "Conflicto social y espacio urbano arquitectónico en Francia". *Diseño y Sociedad*, vol. 18, primavera, México: UAM-X [comenzó a circular al inicio de 2007], 46-54.
- . 1994. *Diseño y vivienda pública en México*. México: UAM-X.
- Ching, Francis D. K. 1990. *Arquitectura. Forma, espacio y orden*. Barcelona: Ed. Gustavo Gili.
- Giedion, Sigfried. 2003. *Space time and architecture. The growth of a new tradition*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

- Hegel, Georg W. F. 1985. *Estética. La arquitectura y la escultura*. Buenos Aires: Siglo XX Editores.
- Heidegger, Martin. 1971. *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, Thomas S. 2004. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jencks, Charles. 1981. *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*. Barcelona: Gustavo Gili S. A.
- Lathrop, James K. (ed.). 1981. *Life safety code handbook*. Quincy, Massachusetts: National Fire Protection Association, Inc.
- Leibniz, Gottfried W. 1976. *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*. México: UNAM (Col. "Nuestros Clásicos").
- Marías, Javier. 1998. *Negra espalda del tiempo*. Madrid: Alfaguara.
- Read, Herbert. 1973. *Arte y sociedad*. Península, Barcelona.
- Shakespeare, William. 1975. *Sonetos*. México: UNAM.
- Tudela, Fernando. 1985. *Conocimiento y diseño*. México: UAM-X.
- Valéry, Paul. 2002. *Eupalinos o el arquitecto*. [Traducción de Mario Pani] México: UNAM.
- Villagrán García, José. 1968. *Teoría de la Arquitectura*. México: INBA.
- Vitrubio, Marco. 1992. *Los diez libros de arquitectura*. Madrid: Akal.